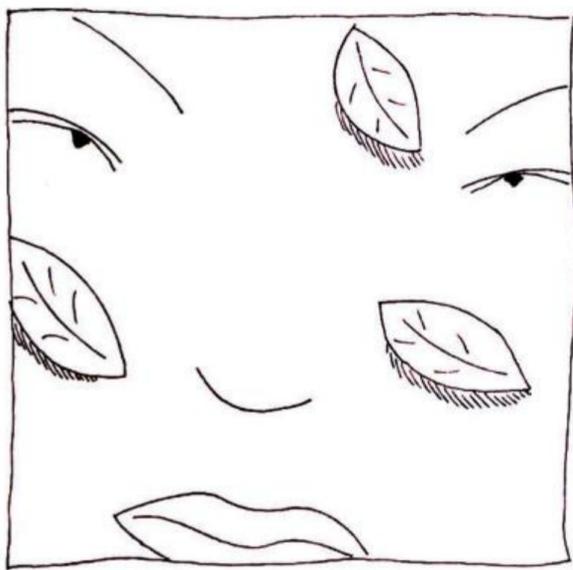


inusitado, que no se fía de la necesidad de una estructura ligada a lo convencional, que tal vez los personajes no se van a traicionar, que el chino va a seguir apegado a su tradición, el periodista es aberrado y Michalski pierde el puesto por pendejo. Pero no. Parece que el autor está siguiendo un manual; un personaje central y su antípoda, la simbiosis y traición a los ideales y convicciones, el arrepentimiento y la visión de la puerta de salida.

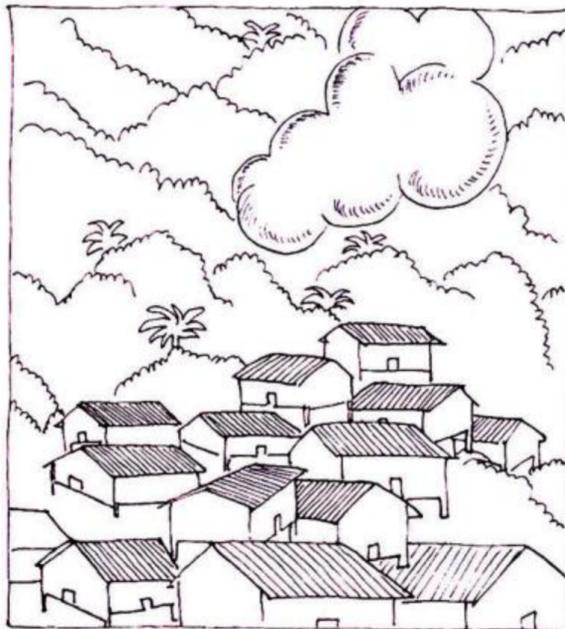
Da la impresión de que se trata de un ejercicio de creación o de la estrechez de la imposición de las detestables láminas para colorear en las cuales se debe seguir el número que corresponde a un color específico para que el hermoso papagayo no pueda ser —si a uno se le antoja— sólo negro, o la ardilla, verde esmeralda y con rayas doradas.

El personaje central, convencido de que va a convertir a la China, se arrepiente y necesita replantearse; el viejo zorro, quien señala en un mapa lugares llamativos, que cae en bares y recorre la ciudad con ojo de narrador, se da cuenta de que nada vale la pena, y el oriental, ejecutivo prestante, chino hasta la médula, con la paciencia propia de los integrantes de esta cultura y recién llegado a la ciudad, acomodado pero asceta y fiel a la tradición, no lo es tanto y está interesado en los lujos y en visitar e imitar a los estadounidenses.



El lado humano de cada uno de ellos parece ser lo único que se mantiene y sale a flote cuando se requiere de una respuesta más animal.

A veces los escritores se dejan presionar por las editoriales que exigen novelas como los ejecutivos exigen balances o los sastres alfileres. El ejercicio de escritor es descarnado y duro y cuando los textos salen a la luz pública siempre habrá quién juzgue, opine, malinterprete o pretenda señalar y renombrar.



La lectura es agradable, el humor fino y, por supuesto, Gamboa es un excelente narrador. Los diálogos fluyen y la tensión se mantiene, se cobra afecto por los personajes, algunos prefieren seguramente al viejo aventurero y respetuoso, que al arribista que tiene la lección del *self made man* tan aprendida, o al viejo chino con la familia perfecta protegido en su finca por la Muralla China. La conversación es entretenida y los metarrelatos duran el tiempo justo.

La lectura puede ser una sensación o generarla, pero el ideal es que llegue más allá y logre ser más que la simple cuestión de piel, más una impronta que una aguada bien lograda. No convence la lectura de la China, ni la crítica a los estadounidenses ni al mundo globalizado; es, desde el encuentro de los mundos, obvia y evidente la futura transformación, el lector se anticipa al desenlace sin dudar y cuando cae el telón, las manos quedan vacías.

Extraño a Esteban y a la impronta que dejó el detective de *Perder es cuestión de método*; añoro más pasión, profundidad, más fuerza, más riesgo y me sobra la obviedad del fi-

nal. Pero no es una lectura perdida, pues, insisto, Gamboa es excelente narrador y un escritor talentoso.

JIMENA MONTAÑA  
CUELLAR

## Agustín Lara según el Gato Sullivan

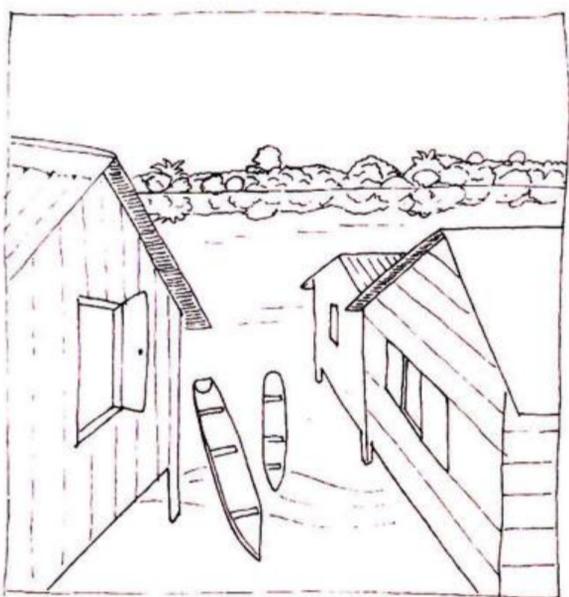
### María del alma

Pilar Tafur y Daniel Samper Pizano  
Random House Mondadori, Bogotá,  
2007, 238 págs. + CD-ROM

El volumen que bajo el título *María del alma* han dado a la imprenta sus autores, Pilar Tafur y Daniel Samper Pizano, como “melodrama novelado de la vida de Agustín Lara”, esquivaba otra descripción que mejor define al libro. Se trata de una biografía novelada del compositor y cantante mexicano que los autores elevan a la condición del mito pero en clave de melodrama, por así decirlo. Nos relatan que Agustín Lara nació en Tlacotalpan, Estado de Veracruz, México, el 30 de octubre de 1900. Aunque los autores, que manejan, a su lado otra fecha y lugar, 30 de octubre de 1897, Ciudad de México, no dan por sentada ninguna de las versiones enunciadas. Nada de lo que hay que preocuparse, afirma el narrador, porque “todo es parte del gran mito”. Hemos dicho “el narrador” y no los autores, porque entre éstos y aquél se establece una diferencia fundamental. Como es sabido a partir del estructuralismo francés esa diferencia se ha vuelto canónica. El narrador, nos han dicho los estructuralistas franceses, un ser hipotético, teórico, es un delegado del autor a quien éste presta su propia voz para que relate la historia que nos van a narrar. Así, por ejemplo, aunque el autor sea uno solo, el narrador del *Quijote* no es el mismo que el de *Galatea*, como el

narrador de *Cien años de soledad* será distinto al que narra *El otoño del patriarca*. Para esta biografía novelada de Agustín Lara, sus autores han creado un personaje imaginario al que delegaron la tarea de narrar los acontecimientos que constituyen la vida del conocido bolerista. Se trata de Mariano Sullivan Soler, nacido en Madrid en septiembre de 1913, quien trata al Maestro con admiración y respeto, si no, con temor reverencial y a quien Lara cariñosamente llama Gatico o bien Gato. Es su secretario y ahora su biógrafo. Ya sabemos, por Oscar Wilde que la biografía siempre la escribe Judas. Nuestro narrador, Gatico, es alguien que tuvo el privilegio de conocer muy de cerca la vida íntima, los cambios de fortuna, el ascenso, la soledad, los triunfos, la incierta ruta hacia la gloria, los amores, las desventuras, los momentos de creatividad y de fracaso de quien dice es el hombre que inmortalizó a Madrid en la canción que comienza con los siguientes cuatro versos:

*Cuando vayas a Madrid,  
[chulona mía  
Voy a hacerte emperatriz de  
[Lavapiés  
y a alfombrarte con claveles la  
[Gran Vía  
y a bañarte con vinillo de Jerez.*

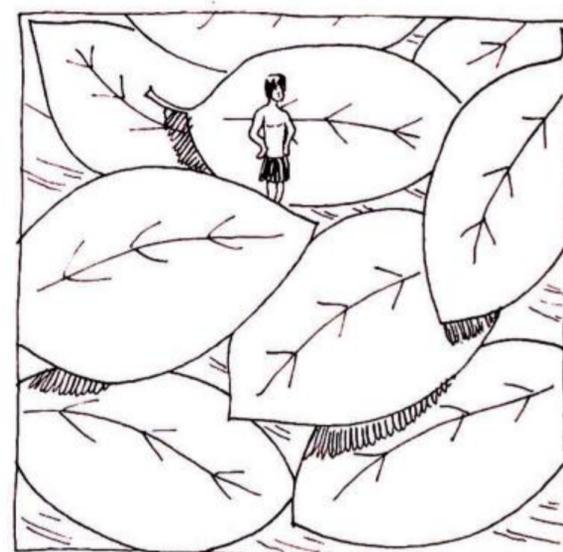


Esta declaración de amor de Lara a la ciudad española, es también una alta nota de admiración de Sullivan en la larga evocación de su

maestro y, sin duda, es así mismo, una declaración de los principios estéticos del libro.

Retomando el tema del narrador, como se sabe, ya sea éste interno o externo y forme o no parte del relato, puede narrar su historia en primera, segunda o tercera persona del singular (más raramente en tercera persona del plural). Aquí la narración se desarrolla en segunda persona del singular: el narrador se dirige a un "Usted", que corresponde al "Señor Director" de la Oficina Municipal de Monumentos Públicos de Madrid, a quien le ha sido entregada la orden de retirar la estatua de Agustín Lara que se ha erigido en la plaza de Lavapiés. Mariano Sullivan se aparece por allí un día, eleva su protesta respetuosa ante este Señor Director, pero sobre todo está allí para demostrar la grandeza del hombre que representa el monumento depuesto. De la requisitoria Sullivan pasa con rapidez a la disquisición, de ésta al panegírico, de aquí a la argumentación que se va trenzando con las descripciones que constituyen la melodramática vida del mito que asegura Sullivan es Agustín Lara. Ahí está él para probarlo. Y lo demostrará con dos realidades irrefutables: en una afirma que "desde su primerísima edad, el maestro Agustín Lara fue un genio de la música", y en la otra, que debió conmover al Señor Director y que, en sus propias palabras, quedó como su auténtico testimonio: "En justicia, no solo debe conservarse en su lugar la estatua del Maestro, sino que frente a ella, o a su lado debería alzarse una estatua compañera para perpetuar el recuerdo de aquella musa a la que debemos decenas de boleros inolvidables". A partir de aquí comienza a desplegarse el melodrama. Cuando se refiere a la musa está aludiendo a Rosa María Callejas, cantante de zarzuelas española. Como todo drama de este género, aquí también se tensa la trama con los frágiles lazos de los amores desdichados de los personajes, de manera concreta los de su protagonista, Agustín Lara. No sabemos cual de los aspectos que entrelaza el lar-

go monólogo de Sullivan se levante como el objetivo capital de su narración: demostrar la grandeza de Lara como músico inspirado, compositor sin reproches, bolerista que merece la fama universal y eterna, o realzar el retrato del amante que pone su talento y su obra al servicio de la confesión de sus sentimientos por la mujer amada. Se diría que ningún tema en las palabras de Sullivan prevalece sobre el otro, porque al cabo ellos están unidos tan íntimamente en esa trama de amores y desdichas.

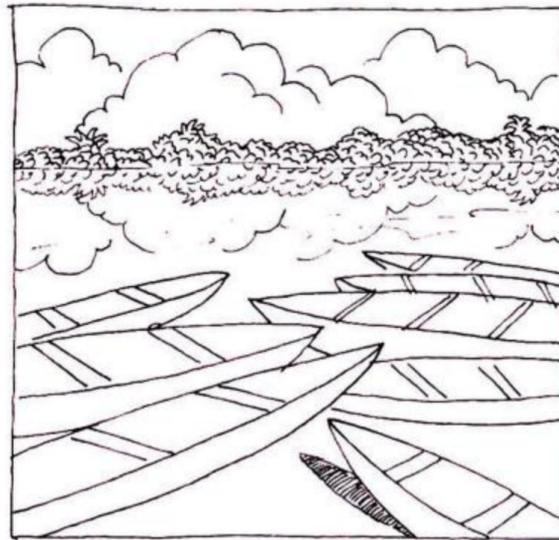


Si debemos creer a Sullivan, Lara amó en forma apasionada a una sola mujer: Rosa María Callejas, conocida en el medio artístico como Elvira Estrella. A ese amor nunca realizado, nunca correspondido del todo, puesto que Elvira Estrella estaba casada con un rico empresario de espectáculos, el narrador consagra más del 60% de la narración. Luego vendrán las otras musas, hasta el día en que conoce a María Félix.

Los primeros años, época menesterosa de privaciones y tentativas fallidas, después de la Revolución mexicana, en palabras del relator, "fueron para él años muy oscuros, muy misteriosos". Quizá hasta el día en que conoció a quien iría a ser la mujer a la que nunca dejó de amar, Elvira Estrella o mejor, Rosa María Callejas. A partir de este hecho, en adelante, la prosa exaltada (el verbo exaltado) del narrador va ganando en afectada elocuencia, en arrebatado sin parangón ni medida, en loco elogio, en entrega a una causa sentimental perdida de antemano.

La adoración del Maestro por su amada es solo comparable a la admiración del narrador por su señor y Maestro, a quien alude como si de un dios se tratara. Aquí no hay matices. Es todo o nada. Blanco o negro. Es el irremediable tono del libro. ¿Una exageración? ¿Un dilatado y descomunal ditirambo? ¿El furor de una extenuante admiración? Cuando el lector resiente y padece tan excesiva exaltación se pregunta en busca de justificación: ¿Este ha de ser necesariamente el estilo de un homenaje? Ese tono, que desafía cualquier esperanza de objetividad, ¿no es acaso moneda corriente dentro de cierta "cultura del bolero"? ¿No están sus grandes figuras inmersas en el melodrama en el que se fabrican los mitos populares? Y ¿la trama exaltada de la vida del héroe, no resulta acaso imprescindible para hacer una semblanza de quien llegó a ser Agustín Lara, como uno de sus grandes mitos? El homenaje que los autores nos entregan a través de el Gato Sullivan así parece confirmarlo. Por eso resulta natural tropezar con una prosa que nos arrulla con el murmullo de un río que destila miel y rosas y que muy pronto se hace excesiva, grandilocuente, untuosa, pretenciosa, alambicada y cursi. Aunque podríamos decir: así es el tono adecuado para este género, el que le hace justicia; así es como deben escribirse las biografías de los héroes del melodrama. Así es "como debe ser". Y lo es si consideramos la lisonja como el producto de las canteras de las que proviene la materia del bello asunto desarrollado. Sin embargo, ante tanto requiebro nos preguntamos si la biografía acaso no pudo ser escrita de otra forma. A nuestra manera de ver, el Gato Sullivan estaba tan enajenado por el recuerdo como para darnos una versión un poco más ecuánime, más equilibrada, de la vida del gran Agustín Lara. Incluso cabría la pregunta, ¿pero se trata de una biografía? Como tal, como biografía, el libro no se sostendría. Para este género resulta demasiado caprichoso en su andadura (como dicen en

España), sería —repetimos— denso en la glorificación, sin condiciones, nos toma del pelo por momentos, nos quiere seducir con tersura inaceptable, carece de veracidad, de objetividad y de matices, es alambicado y caprichoso: su narrador también lo es. Un narrador en quien se justifican todos esos excesos ya que, al fin y al cabo, no se trata de una biografía sino de un sentido homenaje. Quienes busquen en la obra de Tafur y Samper una biografía del "inmortal" compositor, tienen que buscarla en otra parte. No obstante, los autores tuvieron el cuidado de ponerse al abrigo contra este tipo de confusiones. Nunca afirman que *María del alma* se trate de una biografía, ni siquiera de una biografía novelada, sino de "un melodrama novelado", como ya dijimos antes, término impreciso, tautológico y vago, incluso ajeno a la composición del libro mismo: ni melodrama ni novela, en sentido estricto.



*María del alma* se sustenta en un solo hecho, aunque difícil de comprobar: lo que se relata allí es la vida del cantautor mexicano a partir de una petición de principio: se trata, como se dijo, de rendir un exaltado y caprichoso homenaje, en su elíptica composición, a Agustín Lara como figura no poco sombría y acaso olvidada por las nuevas generaciones. Nada más loable que tentativas como esta de revivir la vieja gloria pasada a través del relato de una apasionada vida amorosa, "tan agitada que hoy lo convertiría en rey de las páginas del corazón".

¿Es la vida que le hubiera gustado a Agustín Lara que se escribiera? ¿Incluso que le hubiera gustado haber vivido? ¿Es el homenaje con el que sentiría que se le hizo justicia? Demasiado respetuoso, demasiado sublime, incondicional, demasiado florido, como para que sea verdad fuera de los libros. ¿Cómo leer pues esta obra? ¿Oyendo el CD que se incluye en el volumen? Quizá aquí esté el secreto de su mejor lectura.

ENRIQUE PULECIO  
MARIÑO

## Visiones sobre el quehacer poético

### La imagen poética

Julián Malatesta

Universidad del Valle, Cali, 2008,  
154 págs.

Como estudioso de la poesía, además de creador literario, Julián Malatesta elabora un ensayo vigoroso, propio de sus preocupaciones intelectuales y artísticas. De amplia capacidad de expresión y de libertad de pensamiento, el libro referido realiza una pesquisa sobre la recurrencia, visión, concepción, estética y expresividad de la imagen poética como motor y eje de la creación. Sabe el autor que la imagen posee un sentido de convergencia y de heterogeneidad a la vez, múltiple desde su significación, valor y trascendencia.

Difícil labor, más si la imagen ha sido objeto de múltiples discusiones, debido a la diversidad de sistemas lógicos desde los que se le asedia.

Malatesta, para tal fin, emprende el camino del ensayo, ya que "él admite la prueba, la tentativa, legítima de cierta forma la aventura, hace del riesgo y el peligro una tentación, nos devuelve la audacia y cierta inocencia, nos amenaza con la ingenuidad a la vez que nos propone ser malvados. El ensayo permite